

TOMI BAQUERO CANO

LA VERTICAL DE LO QUE SOMOS

FOUCAULT Y EL SENTIDO COMÚN

Serie
Investigaciones posnaturales
Dirigida por PABLO PACHILLA

Descarga gratuita:
www.ragifediciones.com.ar

RAGIF EDICIONES

Baquero Cano, Tomi

La vertical de lo que somos : Foucault y el sentido común / Tomi Baquero Cano.

- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : RAGIF Ediciones, 2025.

169 p. ; 21 x 15 cm. - (Investigaciones posnaturales / Pablo Pachilla)

ISBN 978-631-90455-8-1

1. Filosofía Contemporánea. I. Título.

CDD 190



Esta edición se realiza bajo la licencia de uso creativo compartido o Creative Commons: "Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional". Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra, sin fines comerciales, bajo las siguientes condiciones: Atribución: se debe mencionar la fuente (título de la obra, autores, editorial, ciudad, año), proporcionando un vínculo a la licencia e indicando si se realizaron cambios.

a la Tribu Mostra

DISEÑO: Vanina Steiner

DISPONIBLE EN:

www.ragifediciones.com.ar

*a mi mamá
a su confianza en que las palabras son capaces de cuidar nuestra vida
como inmensos escudos de roble, inquebrantables*

Tal es la ironía de los esfuerzos que hacemos para cambiar nuestro modo de ver, para modificar el horizonte de lo que conocemos y para intentar lograr verlo en perspectiva. ¿Nos condujeron efectivamente a pensar de otro modo? Quizá, como mucho, nos permitieron pensar de otro modo lo que ya pensábamos y percibir lo que hicimos desde un ángulo distinto y bajo una luz más clara. Creíamos alejarnos y nos encontrábamos en la vertical de nosotros mismos.

Michel Foucault

Introducción	13
¿En qué se reconoce el sentido común?	19
La cultura y las prácticas	20
El conocimiento	28
La política, la dominación, la crueldad	39
Los límites del pensamiento	51
¿De qué podemos hablar?	52
Dinámica de lo pensable	61
Del engaño a la producción	73
Lo normal y lo real	83
Calcular, excluir, domesticar	86
¿La normalidad piensa?	90
Yo pienso	97
Crítica del presente	102
Una filosofía de lo que hacemos	119
La caja de resonancia	125
Saberes de lo que hacemos	132
¿Qué decir?	139
Impermeabilidad	148
Pensar de otro modo	156
Explorar lo posible	165
Agradecimientos	171

Me gusta pensar en la filosofía como un intento de cuidar la vida con las palabras. Me gusta porque así aparece un suelo común para lo que decimos. No importa si usamos palabras técnicas o cotidianas, lo que dijo Platón o alguna amiga, todo eso va al mismo lugar: son cosas que conversar con alguien. Elegir las palabras se vuelve ante todo un gesto amoroso, porque se trata de hablar, contar una historia. Habrá cosas que son ciertas pero que dan igual, otras que pueden atraer y dañar como frutas envenenadas, a la vez que algunas, quizás, nos ayuden a afirmar la balsa que nos mantiene a flote océano adentro. Probamos, hacemos el intento del cuidado por las palabras y, a la vez, confiamos en que la vida irá eligiendo lo que es importante.

El punto de partida que elijo es que trabajar sobre el sentido común es trabajar sobre relación entre el pensamiento y la vida. Lo cual pide un esfuerzo por no separar el pensamiento de lo que nos pasa cuando lo hablamos, por no dejar que se llene de palabras que no tienen nada que ver con nuestra vida cotidiana. Creo que, llegado un punto, esto no se aleja demasiado de lo que pide contar una historia: saber que estamos hablando con alguien, que las palabras llevan consigo la ilusión dulce de ser capaces de proteger la vida. Por ejemplo, Deleuze a veces nos cuenta que Spinoza dice tal cosa, pero inmediatamente después nos pregunta ¿qué está diciendo Spinoza? Como si dijera: está bien, esas fueron las palabras, pero ¿qué nos dice, por qué dice así? Algo me hace pensar que, al preguntar esto, nos lleva al acto de hablar. ¿Por qué se eligieron esas palabras pudiendo no haber dicho nada? Deleuze quiere transmitirnos la sorpresa de que

algo haya llegado a decirse; no es obvio, y sentir que no lo es implica un esfuerzo, necesita de una historia. Como quien levanta un caracol en la playa para mostrarnos su belleza: ¿lo viste? Y si no alcanza: lo que pasa es que está seco, miralo mojado, ¡mirá los colores! No se rinde, quiere que podamos sentir que ahí pasó algo, que algo fue dicho. Y, para poder transmitir esa corriente eléctrica, nos cuenta una historia. Siéntense –dice– así les cuento de Spinoza, ¡ah, Spinoza!

Son cosas distintas la vida y las historias que hacemos ante ella para tentarla, cuidarla, dañarla, recordarla, compartirla, o lo que sea que intentemos. Con las ideas creo que es parecido: sobre algunas somos capaces de encontrar una buena historia que contar, y esas nos acompañan muy lejos. Platón habla de la Idea de Bien, pero ¿qué historia hay que contar para que esa idea llegue y sea preciosa y todes la estén esperando? Una historia que haga que, cuando llegue la idea, digamos ¡ah, al fin! Deleuze alguna vez dijo que, cuando lee filosofía, siente algo parecido a lo que ocurre en las novelas policiales. Los argumentos se resuelven, aparece un concepto y decimos ¡el asesino era el mayordomo, lo sabía! Es la historia la que pide, poco a poco, que esa tensión se resuelva, que algo llegue. No todas las ideas vienen con sus historias, o no siempre son bellas. Quizás esté bien construir las historias que necesiten las ideas que amamos, cuidarlas con las palabras que se merecen. No dejar que se pierdan en relatos que no las aman apasionadamente. Dedicarle tiempo a la forma en que puede hablarse de ellas con quienes queremos vivir. Preguntarnos por la manera de hablar de lo que nos cuida.

Creo que contar la historia de una idea sería algo así como situarse un paso antes de ella. Es decir, dada una idea, intentar encontrar una fuerza que la hace nacer. No solamente la primera vez que fue dicha sino también en el presente, algo que le permita aparecer hoy en nuestra vida. ¿Qué nos atrae hacia ella?, ¿cómo llegamos a necesitar saber si el asesino es o no es el mayordomo?, ¿por qué sentimos eso? La cosa está dicha desde el principio: “Spinoza dijo tal cosa”. Pero todo sucede como si la idea fuera un punto en un mapa, la cumbre de una montaña, y Deleuze nos dijera bueno, ahora sí, ¡vamos para allá! Es ahí donde, en mi opinión, aparece la cuestión del habla. Podemos tener conceptos verdaderos, teorías elaboradísimas, ideas extraordinarias, pero no por ello es obvio qué hay que decir. Me parece que una historia que se sitúa un paso antes de una idea es una manera de hacerla funcionar en la vida cotidiana. Intentar llevarla a un estado

de disponibilidad en la que se deje permear por situaciones, preguntas, angustias, otras ideas. Buscarla ahí donde todavía permanece en potencia, con ganas de nacer. Al final, quizás no estemos haciendo nada más que repetir la idea, pero en esa repetición algo vive. Como cuando se repite con la guitarra: la letra muerta de una canción reanima y vuelve a decir lo que tiene para decir.

Ante todo, quisiera que este escrito sea una historia que se cuenta, cuyo protagonista es el sentido común. Una criatura bastante impredecible, por cierto. A veces, se trata nada más de las ideas que sostienen nuestro cotidiano, nuestra cultura. Y lo que podría incomodar es su desorden, su hábito de repetir cosas sin cuestionarlas, su tozudez para admitir datos de la realidad. Aunque pueda ser útil, a la vez nos molesta la dificultad para hacerlo entrar en razón. Otras veces cruza un límite y ya no se trata solo de una molestia. Los hábitos y costumbres empiezan a preocupar cuando del desinterés llegamos a la indolencia y se tejen complicidades con crueldades y violencias cotidianas. Hay ciertas cosas muy normalizadas que, cuando se vuelven reflexiones, difícilmente nos dejan dormir: crímenes de odio, gatillo fácil, torturas en democracia, cáncer por agrotóxicos y un larguísimo etcétera. Hasta somos capaces de convivir con el genocidio del pueblo palestino televisado en cada uno de nuestros bolsillos. De alguna forma, el sentido común nos recubre frente a esto, nos permite olvidar, a la vez que olvidando nos confundimos con el infierno. Es incómodo partir del espanto, pero creo que, en general, es el mejor juez del pensamiento: una exigencia presente al elegir las palabras, una brújula ante las cosas que vamos a decir. Pensar el sentido común no es comenzar desde la tranquilidad de una búsqueda de conocimiento que debe superar obstáculos, sino desde la urgencia porque nuestros modos de ver el mundo no sean cómplices de la muerte. Me doy cuenta de que es una carga enorme para una pequeña noción que apenas la soporta: el “sentido común” no aparenta por sí mismo ese oscuro trasfondo. Pero es una sensación, incluso corporal, que no quisiera abandonar al escribir.

Tenemos un punto de partida: buscar los medios por los cuales el sentido común actual pueda cortar sus complicidades con la crueldad cotidiana. Aunque, como cualquier comienzo, corre el riesgo de volverse un fundamento demasiado rígido. Al decir las cosas tan rápido, creo que podemos tropezar con algunos problemas. Por ejemplo, simplificar demasiado todo, considerando al sentido común solo como la negación de otra

cosa. Es decir, podríamos pensarlo únicamente como error, equivocación, conocimiento aún precario, engaño, como si no fuera a la vez nuestra cultura, un saber cotidiano, la forma en que vivimos. Resulta tentador porque así tenemos parte del camino resuelto: si se trata de un error, se lo corrige; si es un engaño, se devela; si es ignorancia, se reemplaza por conocimiento. Pero el sentido común es más que eso. Sucede algo similar a lo que Deleuze y Guattari criticaban de algunas lecturas del surgimiento del fascismo: “no, las masas no fueron engañadas, ellas desearon el fascismo en determinado momento, en determinadas circunstancias, y esto es lo que precisa explicación”.¹ Un punto de partida para pensar el sentido común, entonces, es entender la crueldad en lo que tiene de banal y tristemente deseable, sin reducirla a ninguna maldad, desvío o engaño. Es la oscura noticia que nos regalaron Arendt y Milgram, y que aún no logramos digerir. La primera, mostrando que Eichmann no requirió de ninguna maldad particular para participar del exterminio nazi; ser normal, demasiado normal, alcanza. El segundo, mostrando que una persona corriente es capaz de hacer atrocidades sobre otra, siempre y cuando se le ordene hacerlo y se le diga que la responsabilidad de lo que suceda le cabe a alguien más.² ¿Cómo pensar esa inercia cotidiana, ese modo posible del desear, esa complicidad con lo peor que muchas veces es necesario interrumpir, sin reducirla a maldad, desvío, ilusión, engaño o error? Es decir, ¿cómo pensar una crítica del sentido común que no sea moral, que busque interrumpirlo, denunciarlo, modificarlo, pero que no lo haga a partir de una corrección policíaca de lo que está bien o mal pensar, de lo que está errado y lo que no?

Estos son los interrogantes para los cuales me parece que el pensamiento de Foucault puede ser útil. Su escritura insiste todo el tiempo en la diferencia entre pensar *otra cosa* y pensar *de otro modo*. No es lo mismo cambiar el contenido de lo que pensamos –por ejemplo, modificar algo

errado por algo correcto– que el nacimiento de otro modo de hacerlo, corriendo los límites de lo que es posible pensar. La historia que quisiera encontrar es la que permita utilizar lo que Foucault llama *pensar de otro modo* para una crítica del sentido común.

Hablar del sentido común, igualmente, es un poco una excusa. Más bien me interesa porque abre el paso a otras dos cuestiones. Por un lado, nos obliga a detenernos en la relación entre el pensamiento y la vida. ¿Cómo hace la filosofía para mantenerse al ras de la vida? No es que se trate de cosas distintas, pero por alguna razón suele ocurrirnos que las ideas salen de paseo a reunirse con otras ideas y olvidan luego cómo regresar a los lugares prácticos que las vieron nacer. Creo que, a través de los debates que abre el sentido común, pueden encontrarse pistas acerca de una filosofía que no trate “sobre” lo que hacemos, sino que sea una filosofía *de* lo que hacemos. Una filosofía en continuidad con la vida cotidiana y sus preguntas, sus exigencias, sus maneras de hablar. Es decir, nuestras preguntas, nuestras exigencias y nuestras maneras de hablar. Por eso creo que es inseparable de la amistad, de la palabra amiga que genuinamente quiere cuidar la vida en común que se comparte.

La segunda cuestión que se abre y que me interesó al buscar una mirada foucaultiana del sentido común es que esto no se haya hecho antes. Es cierto que Foucault apenas escribió sobre el sentido común, pero a fines de los setenta circulaba entre distintas militancias *Microfísica del poder*, un compilado de lectura bastante amable en el cual se habla explícitamente del tema. Si esas páginas pasaron por las manos de la militancia argentina, italiana, española, francesa, embebida de debates prácticos donde el sentido común es un tema recurrente, ¿por qué nunca surgió verdadero interés por la mirada de Foucault al respecto? Sobre este desencuentro volveré varias veces, pero una de las primeras dificultades es que se trata de pensar una noción central de la política a nivel macro –por decirle de algún modo– a partir de un autor que ofrece herramientas fundamentalmente micropolíticas. Cuando hablamos del sentido común inmediatamente nos encontramos en debates sobre la conducción, la representación, la construcción de hegemonía, la organización de frentes amplios, todos asuntos frente a los cuales Foucault nunca quiso ser portavoz de ninguna verdad, como más tradicionalmente se esperaba de un intelectual de su talle.

A pesar de lo que podría parecer, creo que pensar esta relación entre la macropolítica y la micropolítica, incluso si son nombres extraños, no

1 Deleuze, Gilles y Guattari, Félix, *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, trad. Francisco Monge, Buenos Aires, Paidós, 2007 [1972], p. 36.

2 Sobre el experimento de Milgram hay varias películas y documentales que dejan los pelos de punta. A veces, para tranquilizarnos un poco, llamamos a todo esto simplemente el problema de la “obediencia a la autoridad”. Tengo la impresión de que lo hacemos para olvidar el dolor que nos produce en el estómago esta acusación a la cultura en la que seguimos viviendo.

¿En qué se reconoce el sentido común?

significa caer en ideas lejanas y abstractas de debates europeos. Muy por el contrario, es el problema de la relación entre la política representativa y los movimientos sociales, tan fuerte en nuestras latitudes, por no decir nuestro país.³ Hemos heredado muchas herramientas del pensamiento francés de los años 60 y 70 que son realmente invaluable. Por decir un ejemplo, un libro tan extraordinario sobre nuestra última dictadura como lo es *Poder y desaparición* de Pilar Calveiro sería impensable sin Deleuze y Foucault. Como también lo sería el libro *Pensar sin Estado*, donde Ignacio Lewkowicz nos dejó profundas reflexiones sobre la experiencia del 2001. Pero también hay que decir que *Pensar sin Estado* se publicó justo antes de la asunción de Néstor Kirchner. Estas ideas francesas que nos encantan sufren un enorme sacudón cuando intentan comprender los entrecruzamientos, matices y contradicciones que existieron en la vida política argentina entre diciembre de 2001 y diciembre de 2017. ¿Solo hay que insistir en lo que se fuga, lo que resiste y lo que estalla? ¿O más bien en lo que representa, lo que consolida y lo que instituye? ¿O en los dos? ¿Se puede? Me da la impresión de que a veces se nos presenta una oposición excluyente entre las ideas con las que pensamos las asambleas del 2001 (para las que el sentido común es una tiranía con la que romper) y las ideas sobre el Estado y la construcción de hegemonía (para las que el sentido común es un territorio que construir o conquistar). Tal vez la muerte que hoy nos pisa los talones sea una ocasión para olvidar algunas distinciones. Quisiera intentar tener a la vista estas preguntas al escribir, sumar a la apuesta y al deseo de que estas relaciones se piensen. Entonces, la excusa: el sentido común.

Cuando les contaba a distintas personas que estaba trabajando sobre el sentido común desde la mirada de Foucault, en general sucedía que me preguntaran a qué me refería con eso. Es decir, si me interesaba la cuestión de la hegemonía, del conocimiento, de la cultura, una función psicológica, la posverdad, los medios de comunicación. Siempre respondí que me interesaba el sentido común en general. Lo cual fue recibido de manera muy amable, aunque casi siempre con una mueca que parecía decirme que estaba metiéndome hasta la cintura en un pantano. Lo que digo no es del todo cierto: en un principio yo quería herramientas para una crítica del sentido común porque lo pensaba como un enemigo terrible, el principal sostén de la violencia cotidiana en sus distintas formas. Pero, al empezar a leer más sobre él, me fue cada vez más difícil sostener esa intención. Los libros y las personas hablaban sobre el *sentido común*, pero por momentos era realmente difícil creer que se trataba de lo mismo. Cada quién, atravesado por sus prácticas y sus preguntas, me hablaba de él diciendo cosas distintas y planteando problemas totalmente diferentes. ¿Qué tenía que ver el sentido común como herramienta cotidiana del que me habla mi amiga la antropóloga —que permite evitar desgracias cotidianas con destrezas culturales— y la lucha por la construcción de hegemonía de la que me habla mi amigo militando su candidato a diputado? De a ratos, nada, pero de pronto sucedía que en ambos casos se escuchaba el mismo argumento platónico en relación al conocimiento verdadero. Algo daba la impresión

3 Quien escribió de una manera asombrosamente lúcida sobre el problema filosófico implicado en esta relación es Germán Prósperi. Al menos en dos oportunidades, en las cuales realiza un esfuerzo inmenso por conciliar su peronismo político con su amor filosófico por pensamientos de lo minoritario como Foucault, Deleuze o Agamben. Cf. Prósperi, Germán, *La respiración del Ser. Apnea y ensueño en la filosofía hegeliana*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2018; y Prósperi, Germán, “La situación de *double bind* en el debate entre Laclau y Agamben” en *Revista Estudios Políticos*, México, UAM, 2022.